

José Antonio Marina



***Elogio y refutación
del ingenio***

XX Premio Anagrama de Ensayo

¿Qué es el ingenio? ¿Por qué disfrutamos tanto con sus juegos y alardes? ¿Cómo funciona la inteligencia humana cuando crea obras ingeniosas? Se echaba en falta que la psicología, la estética y la filosofía respondieran cabalmente. Para el autor, el ingenio es esencialmente un proyecto de la inteligencia para vivir jugando, a salvo de la lógica, la moral y la realidad. La cultura de este siglo ha buscado la ingeniosidad con denuedo y con un punto de desesperanza, sus fenómenos eran el despliegue de una libertad que ha entrado en crisis ahora: gran parte de la cultura de este siglo aparece prematuramente envejecida y el hombre europeo no sabe qué hacer. Un nuevo concepto de libertad generará, sin duda, un nuevo modo de crear. La brillantez del ingenio nos muestra una inteligencia que coquetea con la transgresión y aspira a vivir una libertad radicalmente desligada. Por todo esto merece, al tiempo, el elogio y la refutación. Premio Anagrama y Premio Nacional de Ensayo.

El día 18 de marzo de 1992, el jurado compuesto por Salvador Clotas, Román Gubern, Xavier Rubert de Ventos, Fernando Savater y el editor Jorge Herralde, concedió el XX Premio Anagrama de Ensayo por unanimidad a *Elogio y refutación del ingenio* de José Antonio Marina.

Resultaron finalistas, *ex-aequo*, *Imagen de lo invisible* de Pedro Azara y *El centauro en el paisaje* de Sergio González Rodríguez.

A Pilar

En 1894, Paul Valéry escribía a André Gide: «Entre los libros realmente indispensables y que nadie escribirá, hojeo frecuentemente en mi espíritu la *Historia y filosofía de la ingeniosidad*». Pues bien: aquí está. No lo he escrito por inspiración de Valéry, pero cito este texto porque es delicioso saberse tan esperado y necesario.

Mi interés por el tema procede de otras fuentes. Los estudios sobre inteligencia artificial han demostrado que el ingenio es una actividad demasiado compleja para los ordenadores. Decir una agudeza, hacer un juego de palabras o inventar un chiste continúan siendo, por ahora, exclusivas humanas. Así las cosas, pensé que sería interesante prolongar la obra de Kant, aunque no soy kantiano de estricta observancia, con una *Crítica de la inteligencia ingeniosa* que explicara las condiciones de posibilidad de una actividad tan extravagante. Kant se preguntó: ¿Cómo ha de ser el entendimiento humano para que la ciencia sea posible? Mi pregunta es: ¿Cómo tiene que funcionar la inteligencia humana para que sean posibles las ingeniosidades?

El asunto me atrajo por su carácter integrador, que me permitía disfrutar con los grandes ingeniosos y aplicar los hallazgos de los grandes científicos. Tengo la convicción de que la filosofía ha de salir de su invernadero, para incorporarse al grupo de ciencias de vanguardia. El mundo científico está en ebullición y la filosofía parece una ancianita que se entretiene mirando fotografías amarillentas, que son su propia historia, la psicología cognitiva, la lingüística, las ciencias de la computación, la neuropsicología, la psicolingüística, incluso la retórica, están estudiando temas tradi-

cionalmente reservados a la filosofía. Hace falta una ciencia de síntesis que aproveche esos materiales dispersos. La filosofía ha sido siempre obra de héroes solitarios. Ya es hora de que los filósofos perdamos esa altanería, que tan frecuentemente conduce a la esterilidad.

Tropecé al dar el primer paso, por que definir el ingenio resultó ser una tarea complicada, a la que tuve que dedicar el libro entero. Al final ha resultado ser un concepto existencial, psicológico y estético, además de una importante categoría cultural.

Agradezco a Álvaro Pombo, Paloma Ocaña y Eduardo Nadal la lectura del manuscrito y sus comentarios. A Julio Marina, su colaboración y la de sus ordenadores; a Eva Marina, la documentación sobre teatro de vanguardia y a Marisa López-Penas la elaboración del campo léxico del ingenio. Mi gratitud también para Manoli de Vega, que pasó a limpio pacientemente un manuscrito que cambiaba y crecía sin moderación alguna.

INTRODUCCIÓN

Quien se acerca a un libro de lingüística percibe enseguida que es una ciencia de saberes ocultos. No lo digo porque su jerga técnica parezca esotérica al profano y superfetatoria al consagrado, sino porque el lenguaje, su tema, es un conglomerado de informaciones y habilidades que manejamos con eficacia, pero que no conocemos con precisión. Es un *tacit knowledge*, escribió Chomsky. El lingüista quiere explicar reflexivamente ese saber que ya posee plegado. Es un explorador que descubre un territorio guardado en su memoria. La selva virgen que pisa resulta ser su propia casa.

Al aprender la lengua materna —las lenguas segundas plantean problemas distintos— el niño recibe los planos sintácticos y semánticos para construir su mundo. Será su mirada la que se apropie de la realidad, pero dirigida por miradas ajenas y lejanas codificadas en la lengua. El niño sentirá sus sentimientos, pero los identificará y clasificará de acuerdo con el catálogo sentimental incluido en su idioma. Si el inconsciente es la vigencia del pasado olvidado, las palabras tienen su propio inconsciente y pueden ser psicoanalizadas.

Un complejo sistema de preferencias y necesidades guio la evolución de las lenguas, y cada perfil fonético, forma sintáctica o parcelación semántica guardan la huella de aquellas distantes motivaciones que aún dirigen nuestro hablar. Cuando aprendemos una lengua asimilamos su inconsciente sin saberlo, trasegamos su biografía secreta, que se aloja en nosotros y nos habita. Por eso, el lenguaje es un saber oculto.

Las ideas y manías de nuestros antepasados se han colado de matute en nuestra actividad, como una herencia que, al igual que la genética, recibimos sin chistar, privados hasta del mínimo consuelo de poderlas aceptar a beneficio de inventario. No podemos hacer inventario de nuestro lenguaje sin dedicar a ello la vida. Nadie sabe las palabras que sabe, ni las construcciones sintácticas que es capaz de hacer. Poseemos un capital lingüístico que no podemos calcular, y el lingüista, que quiere hacer el cómputo de sus caudales, adopta por ello el aire introvertido y cauteloso del avariento que cuenta y recuenta su tesoro.

Todos los matices de una lengua remiten a una experiencia olvidada que una arqueología o genealogía del lenguaje debe recuperar. La historia es pudorosa respecto de los grandes acontecimientos, como una madre que quisiera parir sus más preclaros hijos en la oscuridad, y no guarda memoria de los gigantes creadores que inventaron la preposición, el subjuntivo o la voz pasiva. Los especialistas rastrean esa prehistoria, y tras dos siglos de esfuerzos nos han proporcionado copiosa información sobre el indoeuropeo, antepasada común de muchas lenguas, pero en este momento pretenden retroceder aún más hasta llegar al único tronco del que derivarían todas las lenguas del planeta. Si accederíamos a esa matriz universal, accederíamos al mismo tiempo al universal inconsciente lingüístico del que todos los hombres participaríamos. Un investigador, Merrit Ruhlen, ha llegado a aventurar que la primera palabra sonó hace más de cien mil años y fue TIK, que quiere decir «dedo» (Gamkrelidze, Ivanov, 1984; Greenberg, 1984).

Muchos pensadores han denunciado el poder anónimo que el lenguaje ejerce sobre nosotros: Freud, Nietzsche, Austin, Foucault, Lacan, Ortega y muchos más. Sus escritos están llenos de ocurrencias agudas a las que faltan comprobaciones detalladas. Es indudable que la historia de la humanidad está enterrada en el lenguaje. Sin llegar a los excesos de Ruhlen, los expertos han podido situar en Anatolia

el nacimiento del indoeuropeo basándose, entre otros datos, en restos de palabras que se referían a plantas o accidentes orográficos exclusivos de aquella región. El hombre es *animal etimológico*, que conserva sus orígenes y recibe con cada palabra su historia cifrada.

Todos podemos estar de acuerdo con una formulación tan vaga. Concordes, pero insatisfechos. Nada adelantamos con hablar del influjo del pasado si somos incapaces de precisar qué información tácita se transmite en cada situación cultural, cómo se organiza y mediante qué mecanismos se propaga. Por ejemplo: la etimología señala el parentesco de las palabras «ingenio» e «ingenuo». Ambas significaban «innato», «natural», aunque «ingenio» se refería a las habilidades no aprendidas, mientras que «ingenuidad» era la espléndida facultad innata de ser libre. Después de divertidas peripecias semánticas, esos vocablos han llegado a ser casi antónimos. El ingenioso es avisado y astuto; el ingenuo, cándido y simple. ¿Queda vigente algún rasgo de su etimología? El saber plegado contenido en estas palabras y que la presión cultural inyecta en la memoria del hablante no mantiene vivo el antiguo parentesco. Cada una de ellas se ha integrado en campos semánticos distintos, y desde ellos actúan sobre nuestros comportamientos lingüísticos. Ahí es donde debemos buscar la vigencia del pasado. La «ingenuidad» es un calificativo denigrante, a cuya órbita han sido atraídas la candidez y la inocencia. En cambio, «ingenio» es un término elogioso, que contagia su valor positivo a la picardía, la astucia y la frescura. Estas relaciones acaso no aparezcan explícitamente en la conciencia del hablante contemporáneo, pero están vigentes en su «inconsciente lingüístico».

En el lenguaje nada ocurre sin motivo (Guiraud, 1955). Si llamamos psicoanálisis al estudio de las motivaciones ocultas que rigen nuestro actuar, hemos de reclamar un psicoanálisis lingüístico que partiendo de los usos reales del lenguaje desvele las conexiones implícitas, las creencias

profundas, las valoraciones que los configuran, la textura oculta que manifiesta el texto superficial.

Este libro es un ejercicio de «psicoanálisis lingüístico». Sobre el diván está tendida la palabra «ingenio». Mejor dicho: un hablante que utiliza la palabra «ingenio» y que nos representa a todos. Así pues, el lector va a ser psicoanalizado a través de ese representante idea. Por ello, no va a aprender cosas nuevas sobre el ingenio, porque tampoco el sujeto psicoanalizado aprende cosas nuevas: conoce tan sólo lo que ya sabía, despliega su inconsciente, que es él mismo. Lo mismo nos sucede a todos cuando leemos un libro de gramática: reconocemos, puestas en limpio, informaciones que ya sabíamos de forma confusa. Todos debemos utilizar con respecto a esos saberes ocultos la sabia expresión que usan con frecuencia los colegiales y que estúpidamente tomamos como una disculpa: «Lo sé, pero no me acuerdo».

Utilizamos la palabra «ingenio» o «ingeniosidad» para calificar sin vacilación algunos fenómenos muy distintos, cuyos rasgos comunes resultan difíciles de discernir. Consideramos que la ironía, el humor, la picardía, la comicidad, la astucia, la inventiva, la originalidad, la parodia, el chiste, los equívocos, la rapidez, la facundia, el timo, la novela policíaca, la sátira y la mala uva son avatares del ingenio. Un minucioso aprendizaje ha unificado en nuestra memoria lingüística todas esas realidades. ¿Qué tienen en común? Wittgenstein dijo que «un parecido de familia», pero fue ingenuo y perezoso al decirlo. El «parecido de familia» es un criterio inservible porque es indefinidamente elástico. Comparados con los chinos, todos los europeos tenemos un aire de familia y, comparados con los cocodrilos, todos los hombres nos parecemos un poquito. Freud hubiera fulminado a quien le hubiera dicho que todos los sueños de un individuo tenían un «parecido de familia», con lo que estaba dicho todo. Iba más allá y aspiraba a descubrir la norma secreta que dirigía la proliferante imaginería onírica.

¿Qué hay en el fondo del ingenio? ¿Qué experiencia unifica los usos de esa palabra? Baltasar Gracián, que nunca se distinguió por su optimismo, dijo que «el ingenio es una de esas cosas que sólo se puede conocer a bulto». No me convencen ni Wittgenstein ni Gracián, porque se precipitaron en su renuncia. Admitir bultos que no se pueden inspeccionar y parecidos que no se precisan, es un recurso indolente. Los expertos en inteligencia artificial y psicología cognitiva han demostrado que «reconocer un parecido» es una operación de extrema complejidad. Si el hombre —o el ordenador— carece de la información adecuada —el esquema del padecido, una plantilla, el inventario de rasgos, etc.—, el reconocimiento es imposible (Norman, 1977; Johnson-Laird, 1988).

El psicoanálisis del ingenio pretende descubrir el modelo que utilizamos para reconocer que algo es ingenioso, y las motivaciones profundas que han unificado en un mismo campo semántico fenómenos en apariencia tan distintos. El saber plegado que asimilamos cuando aprendemos a manejar la palabra «ingenio» forma un sistema cohesionado, que está vigente en la actualidad y determina por ello el hablar de la mayoría de los hablantes. El test que incluyo a continuación pretende revelar parte de esa infraestructura ideológica. Si mi tesis es correcta, el lector se descubrirá siguiendo un discurso lógico que no comprende del todo. Estará siendo empujado por la lógica oculta del sistema ingenioso, a cuyo análisis está dedicado este libre.

TEST

¿Qué es más ingenioso o está más emparentado con el ingenio? En cada línea marque con una X el recuadro correspondiente a lo que considere más ingenioso o más próximo al ingenio.

Un chiste	Un poema
Lo solemne	Lo irreverente
La morcilla es una transfusión de sangre con cebolla	Dos por dos son cuatro
La honradez	El timo
El pícaro	El trabajador
Lo prudente	Lo disparatado
Lo honesto	Lo desvergonzado
Lo superficial	Lo probando
La frivolidad	La seriedad
La infidelidad	La fidelidad
La verdad	La mentira
El humorista	El genio
Un teorema científico	Una broma
Velázquez	Picasso
La espontaneidad	La educación
Lo voluble	Lo seguro
El malintencionado	El benévolo
El elogio	La sátira
La costumbre	La transgresión

Un retrato

El matrimonio

El malicioso

Lo nuevo

El pecado

Dios

Una caricatura

La aventura

El bondadoso

Lo viejo

La buena acción

El demonio.

I. EL JUEGO DEL INGENIO

1

Comenzaré con una confesión. El psicoanálisis del ingenio me ha llevado a donde no tenía intención de ir. Siempre he incluido el ingenio en un brillante cortejo de actividades libres, intrascendentes y espléndidas, en el que le acompañan el baile, el juego o el vuelo acrobático. Cedo con gusto a su feliz seducción, me siento dichosamente arrastrado por ellas. Para decirlo etimologizando: hacen que me sienta eufórico. Empecé, pues, la investigación con ánimo divertido. El tema me contagiaba su ligereza. Sin embargo, conforme avanzaba, se desvanecían mis sueños aerostáticos, porque me veía obligado a descender a niveles profundos y graves de la naturaleza humana. Se acabó el viaje en globo y empezaron las mil leguas de viaje submarino. La universal admiración por los ingeniosos no es una manía, sino el espejismo de un paraíso. El ingenio no es una diversión, sino un ambivalente modo de supervivencia.

Unas palabras de Søren Kierkegaard que conocía de antiguo hubieran debido ponerme sobre aviso: «Que conste que no soy amigo de ingeniosidades. No me cansaré nunca de hacer frente a las tentaciones de la serpiente infernal, que así como al principio se dedicó a echar lazos a Adán y Eva, con el decurso de los tiempos se ha puesto a tentar a los escritores para que sean *ingeniosos*».

Kierkegaard fue un escritor hiperbólico, es verdad. Y también lo es que su inagotable veta de ocurrencias ingeniosas hubo de parecerle a veces peligrosa, pero aun así cuesta trabajo aceptar tan hoscas y reticentes palabras, y